

# Frente a Velázquez

a Sandalio de Castro

1

Sin duda, amigo, estoy alborotado.  
Huele a pintura real, a levadura.  
Y siento al paso la desgarradura  
del corazón del Arte desgarrado.

Un lienzo allí, como recién pintado,  
me dicta las palabras. Su figura  
habla con el paisaje. Y a pintura  
huele el sol que descansa aquí a mi lado.

Me has invitado a estar con los pintores  
de buena fe, como se está en la pena.  
Pero yo canto a sus alrededores.

No sé si mi canción suena o no suena.  
Pero yo canto. Y canto en los colores.  
Y de colores mi canción se llena.



2

Esta palabra marginal te entrego  
a la orilla de un libro manuscrito.  
En este verso a dialogar te invito.  
Y en este otro meditemos luego.

Diego Velázquez, silencioso Diego,  
alargado en los labios te repito.  
Hay un pincel clavado y necesito  
toda su luz para quedarme ciego.

Diego Velázquez, siesta de la espada,  
agudo tornasol de geometrías,  
esgrima heroica de la luz cromada:

Esta palabra mía —apenas nada—  
y estas penas que tengo, apenas mías,  
cruzan tus cuadros a la desbandada.



3

Don Sebastián de Morra, en cada mano  
condena su tristeza. Y nos aprieta  
con su mirada oscura, casi quieta,  
en un palmo de tierra cortesano.

Entre las piernas de su soberano  
le vuela el corazón de marioneta.  
Y estoy seguro que su voz nos reta  
a que bajemos a sus pies de enano.

Frente a Velázquez, breve, casi hondo,  
casi pozo de vino para el labio,  
en su estatura mínima se encierra.

Sentado a gusto y esperando al fondo  
el agravio de Dios y el desagravio  
del dios que le olvidó sobre la tierra.



J. A. Villacañas